

El nuevo rostro del capital mundial El análisis del capitalismo mundializado en la crítica del valor de Robert Kurz

Jordi Maiso

El presente texto aspira a presentar algunas de las tesis fundamentales de Robert Kurz (1943-2012) sobre el capital mundial en la era de crisis del capitalismo. Kurz fue el teórico fundamental de una corriente teórica de teoría y crítica del capitalismo que se presenta con el nombre de “crítica del valor”, y que se articuló en Alemania a partir de finales de la década de 1980 en torno a las revistas *Krisis* y, desde 2005, *Exit!* Sus textos fueron decisivos a la hora de plantear una reinterpretación de las categorías marxianas que, más allá de los planteamientos del marxismo tradicional que piensa el capitalismo fundamentalmente desde la contradicción entre capital y trabajo, intentaba analizar el lugar específico de la formación capitalista en la historia y la propia historia del capitalismo.¹ El resultado fue un replanteamiento de la teoría y la crítica de la sociedad capitalista. No es difícil imaginar el shock que supuso la publicación de su libro *El colapso de la modernización* en la Alemania de 1991. En el escenario de final de la Guerra Fría y aparente triunfo total del capitalismo, aparece un *outsider* con un texto que, a partir de una refinada lectura de los textos más duros de Marx, afirma que el proceso de modernización capitalista se acerca irremisiblemente a su fin, que el capitalismo está abocado a una

¹ Véase R. Kurz, *Schwarzbuch Kapitalismus. Ein Abgesang auf die Marktwirtschaft*, Frankfurt a. M., Eichborn, 2009 (2ª edición ampliada); y J. Maiso y E. Maura, “Crítica de la economía política, más allá del marxismo tradicional: Moishe Postone y Robert Kurz”, *Isegoría*, 50, pp. 269-284.

crisis final. La prueba que Kurz aducía para este diagnóstico era nada menos que el colapso de la URSS.²

En las décadas siguientes los textos de Kurz insistirían en que el capitalismo estaba entrando en una fase de crisis que no podía interpretarse como una turbulencia pasajera más en la historia del capitalismo, ni tampoco como una transición hacia un nuevo modelo de acumulación, sino más bien ante un síntoma de que la dinámica del capitalismo se topa con un límite interno y entraría en una fase de descomposición. De ahí su insistencia en que nos enfrentamos a una nueva fase que será cualquier cosa menos estable y que requiere replantear los términos de la crítica social.³

La repentina muerte de Kurz en 2012 interrumpió su tentativa de una actualización de la crítica de la economía política a la altura del presente⁴ y de un nuevo marco para plantear la comprensión y la oposición del capitalismo. Muchas de sus contribuciones fundamentales están aún por ser vertidas en lengua castellana.⁵ El presente texto quisiera contribuir a dar a conocer una contribución que resulta especialmente relevante en este sentido: su análisis del capital globalizado en la fase de descomposición del capitalismo, que va de la mano del final de las economías nacionales y de unas nuevas relaciones entre centro y periferia. Para ello la exposición se centra fundamentalmente en algunas de las tesis centrales de su libro *Das Weltkapital. Globalisierung und innere Schranken des modernen warenproduzierenden Systems* (El capital mundial. Globalización y límites internos del sistema productor de mercancías moderno), publicado en 2005.

² R. Kurz, *Der Kollaps der Modernisierung*, Frankfurt a. M., Eichborn, 1991, recientemente traducido como *El colapso de la modernización*, tr. Ignacio Rial-Schies, Buenos Aires, Marat, 2016.

³ R. Kurz, *Marx Lesen! Die wichtigsten Texte von Karl Marx für das 21. Jahrhundert*, Frankfurt a. M., Eichborn, 2010 (2ª edición ampliada).

⁴ Cfr. sobre todo R. Kurz, *Geld ohne Wert. Grundrisse zu einer Transformation der Kritik der politischen Ökonomie*, Berlín, Horlemann, 2012.

⁵ Hasta ahora la presentación más completa de la crítica del valor en castellano puede encontrarse en A. Jappe, *Las aventuras de la mercancía. Por una nueva crítica del valor*, Logroño, Pepitas de calabaza (trad. de Diego Luis Sanromán), 2016.

El capital mundial

La fase que atravesamos, y en la que se enmarca la actual crisis de civilización, suele denominarse “globalización”. Pero, ¿qué se quiere decir con esto? En principio, el mercado mundial es tan viejo como el propio capitalismo, la tesis del capitalismo como “sistema mundial” con una división internacional del trabajo podría aplicarse sin problemas al siglo XIX, y tampoco las exportaciones de capital son algo exclusivo de las últimas décadas. ¿Qué es lo que ha cambiado entonces? Ante todo, con el término globalización se designa la conformación de una sociedad capitalista mundial, a escala planetaria. El mundo se ha hecho más pequeño, y la economización de todos los objetos y ámbitos de la vida a lo largo y ancho del planeta tiene como consecuencia que cada vez quedan menos nichos que puedan suscitar el ambiguo encanto del exotismo. Hoy podemos decir que el capitalismo no es sólo un sistema productivo, sino un modelo de civilización que abarca

[...] no sólo la industria, los servicios, las infraestructuras o el uso de sustancias tóxicas en el sector agroalimentario, sino también el arte, la cultura, las ideas e incluso el cuerpo y el espíritu humano son a su vez “capital humano”. [...] Desde Groenlandia hasta la Tierra del Fuego, el capitalismo está a solas consigo mismo; no hay siquiera una variante sistémica que ofrezca una alternativa aparente.⁶

En primer lugar, hablar del capitalismo global actual remite a que los procesos económicos operan hoy a escala planetaria, y la sociedad capitalista mundial funciona con una integración sin precedentes. Por una parte las relaciones de interdependencia son cada vez más intensas y, por otra, las instancias que filtraban los imperativos económicos a escala planetaria, los Estados nacionales, han perdido en buena medida su capacidad de agencia. Esta economía global se caracteriza por tres grandes procesos: 1)

⁶ R. Kurz, *Das Weltkapital. Globalisierung und innere Schranken des modernen warenproduzierenden Systems*, Berlín, Tiamat. 2005, p. 9.

una transnacionalización de la producción, marcada por los llamados procesos de “deslocalización”, 2) una enorme concentración de capital, marcada por la creciente importancia de las grandes empresas “multinacionales” (en realidad transnacionales) y las mega-fusiones que se han ido encadenando desde la década de 1980, y 3) la expansión de los mercados financieros, que han formado un sistema de crédito y especulación transnacional, que puede moverse a lo largo del planeta sin apenas toparse con barreras espacio-temporales (“los mercados nunca duermen”). La financiarización de la economía ha permitido –al menos durante algunas décadas– hacer frente a la crisis de sobreacumulación en la que culminó el fordismo. El problema es que el “capital ficticio” no ha dado lugar a un nuevo modelo de acumulación capaz de garantizar una reproducción social real, y por ello las crisis financieras a lo largo del planeta han acompañado a la globalización como una sombra. Desde 1982, el estallido de cada burbuja en un determinado lugar del mundo ha llevado al capital a desplazarse a otra región para mantener el proceso de acumulación a nivel global – a menudo dejando tras de sí un paisaje social devastado.

Por lo tanto, el reverso del capitalismo globalizado ha sido una crisis de reproducción social a escala planetaria marcada por el desempleo de masas, la proliferación de trabajadores pobres y las migraciones masivas para huir de la miseria. “A nivel social, el capitalismo a escala global se convierte en algo minoritario, y sin embargo no existe ninguna otra forma para reproducir la propia existencia”.⁷ En 2005, Robert Kurz señalaba que el 0,75 % de la fuerza de trabajo global producía más del 25% de la actividad económica mundial. La consecuencia está clara: cada vez estratos mayores de población pierden toda posibilidad de acceder al trabajo asalariado, y con él al dinero, que representa el único modo para garantizar la subsistencia material en la forma social capitalista.

Desde la explicación de la lógica evolutiva del capitalismo de la crítica del valor, una vez que las capacidades expansivas del capital van alcanzando su techo porque su capacidad de generar valor es cada vez más limitada, el nivel de productividad y los flujos de generación de valor

⁷ *Ibid.*, p. 82.

exceden los límites de las economías nacionales. Así es como el capital mundial disuelve el marco de lo que había sido el capitalismo al menos desde finales del siglo XVIII: una historia de economías nacionales. Para esto se requiere una crítica que comprenda los fundamentos mismos del modelo de modernización capitalista. Porque el capitalismo es un proceso histórico irreversible: no está marcado por el eterno retorno de lo mismo, sino por una lógica evolutiva que va dando lugar a diferentes desarrollos, marcados por el creciente nivel de acumulación y de productividad. Creo que es desde esta noción del capitalismo desde donde tenemos que hacer frente al significado histórico de la actual crisis, y también a fenómenos asociados a ella como la pérdida de soberanía de los estados-nación, la inexistencia de instancias que puedan hacer frente a la crisis económica y a la crisis socio-ecológica, la descomposición de los marcos de reproducción social con el consiguiente recrudescimiento de la existencia para buena parte del planeta, o las nuevas relaciones entre centro y periferia.

El capital como depredador menesteroso y la centralidad del Estado

El objetivo del capitalismo no es satisfacer necesidades, sino valorizar el capital: su única aspiración es valorizar el valor, y en consecuencia a hacer del dinero más dinero; en este sentido hablaba Marx del capital como “sujeto automático”. El único propósito de la economía capitalista es la maximización del valor en forma de dinero como un fin en sí mismo: su objetivo no es desarrollar las fuerzas productivas para un mejor dominio de la naturaleza, sino invertir 100 € para obtener 120 y repetir esta mecánica de valorización en un proceso sin fin. Su lógica es, por tanto, abstracta e implacable: no se detiene a considerar la materialidad concreta del mundo social y empírico en la que este proceso tiene lugar, ni tampoco en las condiciones que lo hacen posible. La reproducción de la realidad material y social no es asunto suyo, y el capitalismo no reconoce restricción alguna a la lógica de la valorización como fin en sí mismo. Si pudiera, no sólo se haría con el planeta entero, sino también con toda la

galaxia y el universo. En este sentido, la lógica del capitalismo es depredadora y antisocial: actúa como un cuerpo extraño a los procesos sociales que ha terminado por imponerse en todas las esferas de la vida, vampirizándolas y sometiénolas al objetivo abstracto de la valorización del valor como un fin en sí mismo.

Sin embargo, para que el capitalismo funcione como relación social, no puede pasarse sin ciertas condiciones previas que la lógica de la valorización por sí sola no puede producir. En este sentido el capital es menesteroso, no puede sostenerse sobre tus propios pies. Su lógica es absolutamente antisocial, pero sin ciertas condiciones sociales previas, la acumulación de capital no puede funcionar. Históricamente, las esferas que han garantizado estas condiciones-marco sin las cuales el proceso abstracto de valorización no puede funcionar han sido dos: la escisión del valor y el Estado.

La “escisión del valor”⁸ remite a las actividades, modos de comportamiento, prácticas sociales de atención y cuidado y formas de expresión simbólica y afectiva que no se rigen por la lógica productivista del trabajo abstracto, y que sin embargo son las que hacen posible la reproducción de la vida social en el capitalismo. Se trata de actividades sociales necesarias y fundamentales, que sin embargo la lógica del capitalismo proscribía de la vida pública, las minusvalora y las relega a la vida privada adscribiéndoselas a las mujeres: el cuidado, los afectos, las tareas de reproducción. Con esto no se remite solo al trabajo doméstico o al cuidado en la esfera familiar, sino a todas las funciones que permiten “lubricar” y amortiguar el funcionamiento social de una lógica de valorización del valor que de suyo es destructiva e indiferente a toda materialidad concre-

⁸ Para este punto, cfr. sobre todo los trabajos de Roswitha Scholz (sobre todo R. Scholz, *Das Geschlecht des Kapitalismus*, Bad Honnef, Horlemann, 2000; y R. Scholz, “El patriarcado productor de mercancías: tesis sobre capitalismo y relaciones de género”, en *Constelaciones. Revista de Teoría Crítica*, nº 5, pp. 103-131 -trad. de Jordi Maiso y José A. Zamora). Para una discusión de sus tesis en castellano, cfr. A. Briales, “Para una crítica de todos los trabajos: la teoría de la escisión del valor entre las críticas feministas del capitalismo”, *Encrucijadas. Revista crítica de ciencias sociales*, nº 7, 2014, pp. 153-179.

ta. Esto incluye también las dimensiones afectivas y emocionales que el capitalismo contemporáneo intenta funcionalizar desde un punto de vista productivo a través de actividades de *Management* y consignas como la de la “inteligencia emocional”.

Por su parte, la esfera del Estado y la política es la que ha hecho posible el funcionamiento del capitalismo como relación social. A menudo, la izquierda actual se polariza entre una noción del Estado como esfera primordialmente “represiva” y otra comprensión más bien “paternalista” del mismo. La primera se referiría, por ejemplo, a que históricamente son los aparatos de administración y represión estatales los que dirigen y disciplinan a la población de un determinado territorio para someterla a las leyes de la economía; por ejemplo, históricamente, fueron las estructuras estatales las que sometieron a las condiciones del trabajo abstracto (p. e. a través de su tutela de los “pobres”). La visión “paternalista”, en cambio, tiene más bien que ver con lo que, con la retórica autoexculpatoria del sistema, conocemos como “estados de bienestar”. Se trata de estructuras estatales que, desde la segunda mitad del XIX (sobre todo de la mano de Otto von Bismarck), y especialmente a partir de 1945, institucionalizan y monetarizan una serie de esferas de la vida social que hasta entonces estaban delegadas a la escisión del valor (sin superar por ello la jerarquía en las relaciones de género) o a la beneficencia. Así nacería el “estado social” como un sistema de redistribución burocratizado que ofrecía una protección frente al carácter destructivo y asocial de las nudas relaciones capitalistas. Sin embargo, cuando llega un momento de crisis, las funciones sociales que mitigan “la brutalidad de los procesos económicos se desestatizan y se desmonetarizan y se delegan de nuevo a nivel micro a las mujeres”.⁹ Esto es lo que está ocurriendo hoy: las protecciones estatales que debían proteger a la población de la nuda violencia de las leyes del mercado se ven socavadas, y lo que se produce es una retirada de las funciones “amortiguadoras” del estado.

Sin embargo, la centralidad del Estado para el capitalismo como relación social no puede reducirse a estos roles represivos o protectores: su

⁹ R. Kurz, *Das Weltkapital*, op. cit., p. 40.

importancia es mucho más fundamental. El carácter antisocial del capitalismo, que persigue la valorización como fin en sí mismo en un régimen de competencia, lleva a que a nivel micro prime exclusivamente la lógica particularista del *homo economicus*: cada uno mira únicamente por su propio beneficio, intentando obtener un saldo positivo entre costes y beneficios. Sin embargo, el capitalismo como relación social requiere un actor que vaya más allá de la pugna de intereses particularistas y adopte el punto de vista de la sociedad y su conjunto, que haga posible el plano macroeconómico. Podría decirse que el feliz matrimonio entre vicios privados y virtudes públicas no es algo que el capitalismo traiga de casa. El Estado es la instancia social que permite ir más allá de la persecución de los intereses particularistas para hacer posible un marco en el que poder actuar. Con las herramientas del derecho y la política, el Estado crea el marco funcional imprescindible para la acumulación del capital. En primer lugar, establece las regulaciones jurídicas que regulan las relaciones de propiedad y posibilitan el juego económico. Además, el Estado es el encargado de generar y mantener las infraestructuras y los sistemas de formación necesarios para el funcionamiento económico, que no pueden ser satisfechos sin más por una lógica exclusivamente orientada al beneficio. Por otra parte, es el encargado de estructurar las relaciones monetarias y garantizar la moneda, que administra a través del banco central, estableciendo tipos de interés para refinanciar el sistema bancario, controlando la cantidad de dinero que se imprime, regulando la compra-venta de divisas de acuerdo con la política monetaria, etc.

En definitiva, el Estado permite la constitución de la esfera de la “economía nacional”, el mercado interior al que no en vano se refiere la ciencia del capital (que no se presenta como ciencia de la economía mundial, sino como “economía política”, “Volkswirtschaft”, o, usando la célebre expresión de Adam Smith, “la riqueza de las naciones”). El Estado permite por tanto que un territorio determinado funcione como la “totalidad interna” dentro de la cual el capitalismo puede funcionar como relación social. Lo que garantiza es una frágil armonía entre intereses particularistas e intereses generalistas, entre *homo economicus* y *homo politicus*, entre el burgués –el individuo privado, que busca realizar sus propios inte-

reses en un régimen de competencia– y el ciudadano –el sujeto abstracto de derechos vinculado a la noción de igualdad–. *Homo economicus* y *homo politicus* son las dos mitades escindidas que constituyen la esencia esquizoide del capitalismo que va a poder funcionar dentro del marco de los estados, que en el siglo XIX recibirían además su significación simbólico-cultural del concepto de nación. Esta precaria armonía entre ciudadano y burgués a través del estado-nación constituye la esfera fundamental de la relación capitalista. Esta esfera es la que, a través de sus normas jurídicas y sus mecanismos de redistribución, filtra los imperativos del mercado mundial, donde la lógica del *homo economicus* no carece de una forma de generalidad que pueda hacer de contrapeso. Además, permiten que el mercado mundial aparezca como un espacio domesticado: como relaciones de intercambio y comercio entre distintas naciones soberanas, con sus “totalidades internas”.¹⁰

Por tanto, la historia del capitalismo desde finales del siglo XVIII hasta mediados del siglo XX ha sido una historia de economías nacionales dentro de marcos estatales. Esto es lo que poco a poco se va erosionando con los procesos de globalización.

Economías nacionales y mercado mundial

Los procesos de socialización capitalista funcionan por tanto en dos niveles distintos: por una parte en el de la economía nacional, que funciona en la totalidad interna constituida por los estados, y por otra en el de la totalidad externa del mercado mundial, donde no existe ninguna instancia generalista que amortigüe la violencia de la lógica de la valorización del valor: lo único que rige en este nivel es la lucha a muerte por realizar la

¹⁰ Kurz recoge y amplía su reflexión sobre el Estado también en R. Kurz “Es rettet Euch kein Leviathan. Thesen zu einer kritischen Staatstheorie”, *EXIT? Krise und Kritik der Warengesellschaft*, vol. 7, pp. 26-74. Para un análisis más pormenorizado de la reflexión sobre el Estado en Kurz, cfr. C. Navarro, “Pensar el mal mayor. Apuntes sobre la reflexión del Estado en Robert Kurz”, *Scientia Helmántica*, vol. III, nº 5, pp. 55-74.

plusvalía, que no se detiene a considerar si su tendencia a esquilmar recursos y conquistar mercados hace imposible la reproducción social.

De acuerdo con Kurz, la génesis histórica de estas dos esferas no es, como supone por ejemplo Immanuel Wallerstein, un paso “paulatino y progresivo de mercados locales y regionales a mercados interiores a nivel nacional, y solo desde allí a un mercado mundial”¹¹, sino al revés: el capitalismo nace como mercado mundial. Los procesos de expansión a ultramar y la conquista del “nuevo mundo” dan lugar a unos flujos de intercambio de mercancías a nivel planetario que irrumpieron con gran fuerza sobre las estructuras sociales agrarias y sus mercados limitados, desbordándolas y erosionando sus estructuras sociales. En el principio del capitalismo está por tanto el mercado mundial, y coincide temporalmente con el surgimiento de los Estados territoriales en el absolutismo, que imponía a las economías locales una tendencia centralizadora.

El nacimiento del capitalismo puede describirse como idéntico al proceso de formación de los Estados en la modernidad temprana, ya que el comienzo de la economía capitalista, basada en el dinero, surge de la monetarización de los impuestos, que dieron lugar por su parte al principio territorial del Estado (que sustituye a las relaciones de dependencia personales).¹²

Los Estados ofrecerían un marco idóneo para el desarrollo del modo de producción capitalista como relación social, y particularmente para la industrialización. Así surgiría esta distinción de la totalidad interna y la totalidad externa, la economía nacional y el mercado mundial, como los dos polos en tensión entre los que se mueve la forma de socialización capitalista. A lo largo de este proceso, la reproducción capitalista tiene lugar sobre todo en el marco de las economías nacionales, y el mercado mundial era una forma de mediación entre estas economías a través de la importación y la exportación de mercancías. Así surge el capitalismo como “sistema mundial”, cuya propia lógica evolutiva conduce a lo que

¹¹ R. Kurz, *Das Weltkapital*, op. cit., p. 52.

¹² *Ibíd.*, p. 51.

hoy denominamos “globalización”, y que no es sino la disolución de ese marco relativamente estable que fue el sistema mundial.

Ahora bien, ¿cómo funcionaba el capitalismo como “sistema mundial”? Ante todo, lo que marcaba la relación entre las distintas economías nacionales en el mercado mundial no era una relación de “igualdad abstracta”, sino una lógica de desigualdad. Porque lo que marca las relaciones entre los distintos países en el “mercado mundial” son los desniveles en la capacidad productiva. Porque el régimen de competencia hace que se imponga siempre el nivel de productividad de los países más desarrollados, independientemente del estado de desarrollo del resto del mundo. En los intercambios entre las distintas economías nacionales, el valor de los productos de los países menos productivos no se mide según sus propios estándares, sino según los del país más productivo. De ello se ocupa el régimen de competencia. En cada sector (p. e. el textil) es siempre la economía más productiva la que impone el nivel de productividad con el que las demás tienen que competir, y esto lleva a la ruina de las industrias textiles de las economías menos desarrolladas. Esto tiene consecuencias devastadoras para la configuración del capitalismo a escala planetaria, cuyos efectos duran hasta hoy:

Dentro del sistema mundial capitalista, el problema de la productividad desata una dinámica de “desarrollo” y “subdesarrollo”. Los rezagados históricos con poca base de acumulación deben hacer frente al dilema de que ni pueden producir suficiente equipamiento tecnológico-productivo ni disponen de capital suficiente como para comprarlo en el extranjero.¹³

La consecuencia es que las economías nacionales menos desarrolladas deben compensar una distancia cada vez mayor en la capacidad productiva respecto a los países más desarrollados, que marcan los estándares en el mercado mundial. Las economías nacionales periféricas quedan cada vez más integradas en este mercado planetario, del que dependen para conseguir todos sus bienes; pero la lógica de dicho mercado las exige rea-

¹³ *Ibíd.*, p. 48.

lizar esfuerzos productivos cada vez mayores y les ofrece cada vez menos por ellos. “Como esto se expresa en los precios, surge una desproporción creciente entre el precio de las exportaciones y el de las importaciones que sólo puede ser compensado mediante la deuda exterior”.¹⁴

A lo largo del siglo XX, la distancia entre la productividad de los países industrializados del centro y los países de la periferia crece en proporciones inauditas; entre desarrollo y subdesarrollo se abre un abismo cada vez más insalvable. Se intercambian café, cacao, té y bananas por autos, televisores, aviones, etc. Para la mayor parte de regiones de la periferia, la industrialización se convierte en una meta prácticamente imposible, y quedan degradados a meros productores de materias primas: exportan recursos minerales y productos agrarios que no pueden utilizar siquiera en sus propias economías nacionales, sino que abastecen a las economías industrializadas del centro. Esto lleva a que las propias estructuras estatales y políticas no puedan afianzarse de la misma manera en la periferia. Aquí no se da una tensión entre el particularismo del *homo economicus* y el universalismo dentro de un territorio del *homo politicus*, sino que la elite dirigente en posiciones de mando se limita a encarnar y ejecutar las leyes del mercado mundial, mientras que el grueso de la población se convierte en mero material —mano de obra sumamente barata— para obtener las materias primas, o bien se la considera un mero despojo: una masa de seres humanos abandonados a su suerte en los márgenes de un capitalismo cada vez más integrado, que acapara en medida creciente los medios de subsistencia.

Esto revela que, en la era del capitalismo “clásico”, entre los países periféricos y los centros industrializados se establecen una serie de relaciones comerciales basadas en una división internacional del trabajo; en realidad se trata más bien de una división de funciones dentro de un sistema mundial integrado, en la que unos producen materias primas de todo tipo y otros productos industriales (incluyendo los de la industria alimentaria). Sin embargo, esta división del trabajo se aplica a la relación entre centro y periferia, pero no se da entre los países industrializados. Quizá

¹⁴ *Ibid.*, p. 70.

pudo existir una división de funciones al comienzo de la industrialización, pero se fue reduciendo a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, hasta desaparecer totalmente con el fordismo y los milagros económicos de posguerra – cuando se relanza de nuevo el comercio mundial bajo la égida de la “pax americana”. No se trataba de que Japón exportara radios a Estados Unidos y estos exportaran automóviles a Japón; ni tampoco de que, dentro de la industria automovilística, Japón produjera cajas de cambios, Estados Unidos carrocerías y Alemania motores (esto se deba más bien, según Kurz, en el bloque soviético). En realidad, todos exportaban a todos automóviles, televisores, lavadoras, vestidos, quesos, barcos o aviones. No había una división organizada de la producción, y ésta solo hubiera podido producirse si hubiera habido una producción organizada a nivel global orientada a la satisfacción de necesidades. Pero esto no es lo que hace el capitalismo: éste se limita a valorizar el valor en una dinámica de competencia ciega. La consecuencia es que en lugar de una división internacional del trabajo lo que hay es una lucha de todos contra todos por realizar la plusvalía. Y esta tiene lugar en un marco en el que las fuerzas productivas se han desarrollado de forma prácticamente ilimitada.

En el movimiento generalizado hacia delante, los grandes conglomerados industriales rebasaron los límites de las economías nacionales para intentar hacerse cada uno con un pedazo mayor de la capacidad de consumo global. El crecimiento generalizado de la exportación de mercancías siguió la lógica de una competencia empresarial por hacerse con segmentos de mercado a nivel global.¹⁵

¿De dónde viene esta necesidad de los estados por lanzarse a conquistar los mercados externos? En principio podría parecer ilógica. En efecto, mientras la relación entre las estructuras estatales y el mercado mundial es estable, la reproducción capitalista parecía casi garantizada y el mercado mundial parecía domesticado como una esfera de comercio e intercambio entre “naciones” capitalistas. Pero la dinámica del capitalismo no podía

¹⁵ *Ibíd.*, p. 75.

detenerse aquí: su régimen de competencia llevaba a desarrollar las fuerzas productivas más allá de lo que puede soportar su propia estructura de reproducción social.

En el régimen de competencia que caracteriza al capitalismo, aquel que logra producir más productos por unidad de tiempo sale ganando respecto a sus competidores. Como hemos visto, esto desata una carrera despiadada por el incremento constante de las capacidades productivas, lo cual acaba haciendo disminuir la masa total de valor al sustituir la fuerza de trabajo humana por tecnologías más “eficientes”. Pero también lleva a que las capacidades productivas excedan las capacidades de la economía nacional para absorberlas a través del consumo; el marco de la economía nacional se estrecha:

Mientras la masa de productos que se pueden producir en una unidad de tiempo crece de manera ininterrumpida, la capacidad de consumo –que en el capitalismo aparece como capacidad de compra– más bien se contrae a causa del desempleo y de la presión salarial, o en todo caso no puede crecer al ritmo de las fuerzas productivas.¹⁶

La forma clásica de compensar este mecanismo es la expansión del capital hacia fuera, hacia nuevos mercados: conforme se iban agotando los mercados interiores, con una economía nacional que cada vez resulta más limitada a la hora de realizar la plusvalía, el capital busca hacerse con mercados exteriores. Esto desata un proceso en el cual va ganando importancia el mercado mundial, mientras que las economías nacionales y su marco funcional se van erosionando y perdiendo relevancia. De modo que la expansión del capitalismo siempre tiene lugar a costa de destruir sus propios fundamentos.

A partir de los años 80, el desarrollo de la microelectrónica permite un vuelco sin precedentes en el grado de racionalización, automatización y coordinación de la producción, que tiene como consecuencia una liberación de fuerza de trabajo humana, sustituida por tecnologías “más renta-

¹⁶ *Ibid.*, p. 55.

bles” que supone el aumento de desempleo, la disminución de los salarios y la exacerbación de la competencia, reduciendo la creación de valor y la capacidad de consumo. Esto es lo que marca el paso de un “sistema mundial” en el que diferentes naciones realizan importaciones y exportaciones compitiendo por determinadas cuotas de mercado, a un capitalismo globalizado cada vez más transnacional, que va disolviendo el peso de las economías nacionales de forma imparable.

Transnacionalización de la economía y erosión de los marcos estatales

La globalización descompone el capitalismo como sistema mundial de economías nacionales: la lógica del mercado mundial pasa a desbordar el filtro de los Estados y las economías nacionales y se impone de modo cada vez más inmediato, sin paliativos. Pero el elemento decisivo para entender los procesos de transnacionalización es que la exportación de capitales ya no sigue una lógica expansiva, sino de contracción: las inversiones en otros países obedecen al objetivo fundamental de reducir costes. Un ejemplo: en el capitalismo expansivo que florece bajo la égida de la Pax Americana, cuando una empresa (p. e. Volkswagen) exportaba capital a un país (p. e. Brasil) lo que hacía era establecer en este país una estructura empresarial de producción de automóviles más o menos idéntica a la que podía tener en Alemania. Se trataba de inversiones destinadas a la ampliación de la empresa en un movimiento de expansión del capital para conquistar nuevos segmentos de mercado. Hoy la situación ha cambiado: ante el enorme incremento de la productividad, que lleva a una situación de sobreproducción permanente, la competencia a nivel global ya no aspira tanto a realizar plusvalías adicionales en nuevos mercados, sino que es más bien una lucha a muerte por reducir costes y racionalizar fuerza de trabajo, de modo que se pueda incrementar el rendimiento de las inversiones para seguir siendo competitivos. La dinámica ya no es por tanto expansiva, sino de contracción. Lo que subyace a las inversiones en China, Brasil o la India ya no es la lucha por conquistar nuevos mercados,

sino una competencia literalmente a vida o muerte por reducir costes, porque ya no hay terreno para la expansión económica. De ahí que la exportación de capital pase a ser “ante todo una función de la racionalización empresarial. Sus inversiones ya no aspiran a la ampliación, sino a la racionalización, y están vinculadas a cierres de plantas y despidos masivos”.¹⁷

Pero, ¿en qué consiste esta racionalización? En los modelos taylorista y fordista, la racionalización se refería a los procesos productivos aislados, que se refinaban tanto desde el punto de vista de la técnica productiva como de la organización para acelerar la producción y mejorar las relaciones entre costes y beneficios. Sin embargo, lo que ahora se somete a un proceso de racionalización intensivo es el proceso empresarial en su conjunto, en todos sus departamentos y en sus diferentes funciones y niveles – y se hace aprovechando los desniveles de costes en el mercado mundial. En este sentido, la palabra clave es *outsourcing*, es decir, subcontratación y externalización. Se trata de la delegación de funciones y ámbitos empresariales “hacia fuera”, hacia empresas formalmente autónomas.¹⁸ Lo que estas empresas producen ya no son materiales para el proceso productivo (por ejemplo, cuero para la industria del calzado, u hojalata para la industria automovilística), sino las propias funciones necesarias para el funcionamiento empresarial, desde el ensamblaje de piezas y otros procesos productivos hasta la elaboración de las nóminas. De este modo se externalizan funciones internas, y el resultado es la dispersión de la entidad empresarial a lo largo del planeta.

Se trata de un proceso de transnacionalización de los flujos de generación de beneficios cuyo objetivo es la explotación de las diferencias entre

¹⁷ *Ibíd.*, p. 85.

¹⁸ Por supuesto, este proceso no se da únicamente en forma de exportación de capitales, sino que también opera a nivel local, regional y nacional. Su modelo más habitual es bajo la categoría de trabajadores o empresas formalmente “autónomos”. Trabajadores que antes estaban en plantilla que son despedidos para volver a contratarlos como autónomos a un coste inferior; por su parte, determinadas funciones empresariales (por ejemplo la limpieza) se externalizan a empresas formalmente “autónomas” que permiten reducir costes (p. e. aprovechando mano de obra más barata, a menudo migrante).

los costes de producción en diferentes regiones del mundo. El abaratamiento del transporte y de los procesos de comunicación han sido capitales en este sentido. Todo esto da lugar a una nueva división internacional del trabajo, si bien con un carácter muy distinto a la que caracterizaba al capitalismo como “sistema mundial”. Y es que lo que está en juego aquí no es una estructura desigual de producción donde unos exportan materias primas y otros productos industriales, sino que las distintas funciones dentro de las empresas se descomponen y se disgregan a lo largo y ancho del planeta. El objetivo sería explotar las diferencias en los costes de producción de cada función empresarial en diferentes regiones del mundo. Por ejemplo, en la industria textil una empresa obtiene sus tejidos en Corea del Sur, y los botones y cremalleras en Taiwan, lo cose todo en Birma, en Hong Kong realiza los controles de calidad y el empaquetado de los productos, que después envía a los clientes en Europa y Estados Unidos; por su parte, la contabilidad se llevaría en la India, donde el software es más barato, y los impuestos se pagarían por ejemplo en Irlanda.¹⁹ Las diferencias de costes de cada función se estudian con gran detalle para reducir los gastos tanto como sea posible, y poco a poco van quedando cada vez menos actividades empresariales vinculadas a un lugar concreto.

Estos procesos de *outsourcing* no dan lugar –como se sugiere a menudo– a una fragmentación de las grandes empresas en otras más pequeñas, sino a una concentración de capital sin precedentes. Y es que las nuevas pequeñas empresas no son entidades autónomas, sino órganos pseudo-autonomizados que permiten a las grandes empresas desprenderse de determinadas actividades empresariales internas para reducir costes y eliminar “lastres sociales”. Se trata de una externalización de funciones internas que lleva a una creciente integración de los procesos económicos, cada vez más verticales; y los procesos de *outsourcing* están por supuesto unidos al cierre de sedes y plantas y al despido masivo de trabajadores: las empresas encojen. Desde el punto de vista lógico, la culminación de este proceso se alcanzaría cuando la dirección operativa de una empresa se hubiera deshecho de todos sus eslabones productivos y los manda a un

¹⁹ Cfr. R. Kurz, *Das Weltkapital*, op. cit., p. 93.

peregrinaje por los santos lugares de la producción a bajo coste. La unidad empresarial se descompone y se disgrega; no es más que un agregado de funciones dispersas. Lo que queda de la entidad empresarial es poco más que el logo –un envoltorio abstracto para un capital determinado. Esta es también la clave en la que habría que leer los procesos de concentración en forma de grandes fusiones y absorciones de grandes empresas, vinculados a los procesos de financiarización. Y es que buena parte de los beneficios empresariales ya no vienen tanto de la producción y venta de mercancías –de la plusvalía real–, sino de la especulación con títulos financieros, con acciones que permitan una creación adicional de valor. Así habría, por ejemplo, un mercado de empresas en las que se compran empresas para descomponerlas en distintos sectores funcionales que permiten venderlas después a un precio más alto en los mercados financieros. La propia especulación con los títulos financieros se ha convertido en algo estructural, cada vez más indisolublemente unido a la propia economía productiva.

¿Cómo afectan estos procesos de transnacionalización –tanto a nivel de flujos productivos como de flujos financieros– a la relación entre economías nacionales? A nivel fenomenológico, cuando uno observa los datos sobre exportaciones de capital, observa que cuanto más capital se concentra en países periféricos a través del *outsourcing*, tanto más se lanza un proceso de inversiones en sentido contrario. Hace tiempo que países como China o la India concentran grandes stocks de capital –que, sin embargo, no tienen repercusiones positivas para su economía nacional– que permite a estas denominadas “potencias emergentes” realizar inversiones en sentido inverso, en países considerados “desarrollados”. Pero, si el capital es crecientemente transnacional, ¿hasta qué punto cabe leer estas inversiones en clave “nacional”? Kurz es claro en este sentido: “Las inversiones de China en los Estados Unidos y Australia, o más recientemente en Latinoamérica [y Europa] son a menudo las de empresas multinacionales que operan desde China”.²⁰ Lo que estaría en juego en este proceso sería una especie de “*outsourcing* del *outsourcing*”, que debe

²⁰ *Ibíd.*, p. 185.

entenderse en el contexto de una transnacionalización de los procesos productivos y de un nuevo modelo de capitalismo financiero – y por tanto no cabe seguirlos concibiendo en términos “nacionales”.

Nominalmente –y principalmente por motivos jurídicos de los que el proceso de valorización no puede prescindir– el capital actúa con distintas banderas, pero aquí nada es lo que parece. En realidad el capital es simplemente extraterritorial, y las coordenadas nacionales cada vez sirven menos para entender muchos procesos económicos. De ahí que resulte cada vez más inapropiado, y en ocasiones directamente absurdo, atribuir una supuesta “nacionalidad” a los bienes de consumo, a las inversiones, o incluso a las empresas. Un ejemplo: en los años 90, el Ayuntamiento de Greece, en el Estado de Nueva York, compró una excavadora de la empresa estadounidense John Deere que costaba 15.000 dólares más que su equivalente de la empresa japonesa Komatsu. El Ayuntamiento decidió pagar el importe más alto para apoyar a la industria nacional: se trataba de una cuestión de patriotismo. Sin embargo unos meses más tarde tuvieron que constatar con asombro que las excavadoras de John Deere se montaban en Japón, mientras que las de Komatsu se producían en Estados Unidos. En definitiva: por razones jurídicas e históricas, el capital sigue circulando con pasaporte, pero este pasaporte siempre es falso.²¹

Los procesos de transnacionalización minan las economías nacionales como un marco funcional acotado y unitario que puede establecer relaciones con otras economías nacionales análogas en el marco de un “sistema mundial” de carácter internacional. Lo que antes era un mercado internacional se ha convertido en un espacio transnacional global en el que se cruzan diferentes funciones productivas para la generación de beneficio. Ya en los años 90 no se decía “Made in Germany”, sino “Made by Mercedes”, el Deutsche Bank desplazaba su sector de inversiones de Frankfurt a Nueva York, y el presidente de Sony decía “no somos una empresa japonesa, sino una empresa global que tan sólo por motivos históricos tiene su sede en Japón. Solo el 30% de nuestros beneficios vienen de Japón”.²² El capital

²¹ *Ibíd.*, p. 102.

²² *Cit. en ibíd.*, p. 107.

siempre había sido apátrida, pero el contexto de las economías nacionales era fundamental, porque constituía el ámbito de la reproducción social y permitía domesticar el mercado mundial como una relación entre sujetos nacionales soberanos. Ahora este marco se está desintegrando, dando lugar a transformaciones de gran calado que aún tienen que ser entendidas en todas sus implicaciones.

Un ejemplo de lo que significa que el capital funcione cada vez más como capital mundial, cada vez con menos filtros por parte de las economías nacionales, sería la proliferación de las llamadas *Free Trade Zones* o Zonas de Libre Comercio, especialmente comunes allí donde se concentran las grandes inversiones de *outsourcing* –paradigmáticamente en China–. Estas Zonas serían enclaves que ofrecen a las empresas condiciones “especiales” a nivel impositivo, de regulación jurídica y de derecho laboral. Es decir, para poder cumplir con las exigencias estructurales de reducción de costes en un régimen de competencia despiadada, el Estado acaba estableciendo regulaciones que son incompatibles con la propia estructura de las economías nacionales; es más: incompatibles con su propia dimensión generalista dentro de un territorio. Eso son las Zonas de Libre Comercio. En definitiva, en lugar de intentar el equilibrio entre *homo politicus* y *homo economicus*, el Estado pasa a crear enclaves de excepción, sustraídos a las regulaciones que imperan en el resto del territorio nacional, para permitir actuar al *homo economicus* desenfrenado del mercado mundial. El objetivo es intentar que su territorio resulte atractivo para poder concentrar en él una determinada actividad económica – si bien al precio de sacrificar la economía nacional y de socavar el marco estatal como marco para la reproducción social.

En definitiva: no se trata de que los estados-nación hayan desaparecido, sino de que su función ha cambiado. El Estado ha dejado de ser el “capitalista global” de la economía nacional, la instancia reguladora de un stock de capital nacional, y más bien se encuentra atravesado por un entramado transnacional de flujos de generación de beneficio que rebasan su capacidad de agencia. Al no poder controlar estos flujos, se enfrenta con creciente impotencia a los intereses de las grandes empresas dispersas a nivel transnacional: queda reducido a una instancia de regulación meramente

secundaria, cuya labor se limita a establecer las condiciones de posibilidad jurídico-políticas que permiten operar a esos flujos de generación de beneficios a nivel transnacional. Por ello ya no está en condiciones de imponer una política monetaria, social o ecológica, sino que se limita a imponer las exigencias del mercado mundial. Ya no es el controlador, sino el controlado, y sus esfuerzos se dirigen a intentar atraer a su territorio el capital que fluye a nivel transnacional; de ahí que su funcionamiento se asemeje cada vez más al de una empresa en busca de inversores. Para ello tiene que adoptar una pose que le permita resultar “atractivo”, ofrecer condiciones “ventajosas” –es decir: costes bajos– para “venderse a sus potenciales inversores”.²³ De ahí que las pugnas entre estados ya no siga el modelo de confrontación entre sujetos soberanos, sino el de competidores en un “mercado de estados”: cada uno lucha por atraer la atención y la buena disposición de las empresas hacia ellos. Esto lleva a un constante marketing nacional: las naciones se reducen a logos, a “marcas”, como la “marca España”. Lo que intentan vender es sobradamente conocido: “Tenemos a los trabajadores más eficientes, mejor formados y más baratos, tenemos las mejores tecnologías, los eventos más atractivos, las mejores playas, las mejores paellas, o simplemente carecemos de todo escrúpulo para construimos Eurovegas”. La asunción tácita de este marketing de naciones es que el desarrollo coherente de la economía nacional en su conjunto ya no parece posible. Lo que marca la pauta no son, por tanto, expectativas de “desarrollo y prosperidad”, sino el miedo a quedar al margen de los flujos de un capitalismo global con una capacidad de inclusión cada vez menor. Por ello el objetivo es ofrecer condiciones que resulten “explotables” para los flujos de capital transnacionales. El objetivo es que esto permita al menos un cierto grado de inserción en el mercado mundial, un cierto grado de actividad económica que, si bien ya no puede garantizar una reproducción social a nivel de economía nacional, al menos posibilite la inclusión de las élites económicas y políticas.

Esta tendencia a la empresarización como respuesta a la contracción del capitalismo y de su capacidad inclusiva no solo se da a nivel estatal,

²³ *Ibid.*, p. 137.

sino también puede apreciarse en el plano regional e incluso a local –con las llamadas ciudades-evento–, y por supuesto también a nivel individual, con los llamados “empresarios de sí mismos”.²⁴ Pero esto implica que el capital y su lógica de valorización abstracta se convierten en el único punto de referencia a todos los niveles: el resultado es la atomización total de los individuos, que se encuentran expuestos sin filtros ni protecciones a la violencia de los imperativos económicos: cada uno solo frente al poder concentrado del capital mundializado. El fin de la mediación de las estructuras estatales tiene como consecuencia que la lógica del mercado mundial se imponga sin mediaciones y dé lugar a una competencia global despiadada y sin paliativos.

De ahí que el fin de las economías nacionales no lleve a la superación de la estrechez de miras nacional en una universalidad lograda, sino a un sistema planetario cuya capacidad de inclusión encoge cada vez más, y en el que la reproducción se topa con límites insuperables. El fin de la economía nacional socava un elemento fundamental para la coherencia de la reproducción social en la forma social capitalista. “Es cierto que el capitalismo lleva a una sociedad mundial universal, pero esta no puede representarse de forma positiva en las formas sociales del capitalismo ni puede reproducirse bajo la coacción de sus criterios”.²⁵ Para poder sobrevivir como relación social, el capital sigue dependiendo de la tensión entre mercado y estado, entre economía y política, entre economía empresarial (particularista) y economía nacional (universalista en un determinado territorio), de economía nacional y mercado mundial. Porque, mientras que la producción se mueve a nivel planetario siguiendo la lógica de abarataamiento de costes, el consumo no puede prescindir de instancias reguladoras y redistribuidoras que solo pueden funcionar a nivel estatal.²⁶ Si la lógica productivo-empresarial exhibe orgullosa la reducción de costes como

²⁴ Para una brillante crítica del uso de esta categoría en la sociología del trabajo actual, cfr. A. Kellermann, “El empleado doblemente libre. El individuo auto-entregado después de su hundimiento”, en *Constelaciones. Revista de Teoría Crítica*, nº 5, pp. 103-131 (trad. de Jordi Maiso).

²⁵ R. Kurz, *Das Weltkapital*, op. cit., p. 109.

²⁶ *Ibíd.*, p. 111.

el “arma” que permite continuar con la generación de plusvalía, este arma vuelve como un bumerang a nivel social en forma de una inducción de procesos de crisis devastadores que acaban paralizando el sistema en su conjunto. Para la mayoría de la población esto significa flexibilización, peores salarios y condiciones laborales, tener que ir saltando de trabajo ocasional en trabajo ocasional, o el crecimiento de segmentos de población que ya no puede integrarse en el mercado laboral, y que sin embargo no dispone de ningún otro medio para reproducir su vida. Además, estos procesos tienen lugar en un momento en que las estructuras estatales están encogiéndose los mínimos de cobertura sanitaria, la formación, las prestaciones de desempleo, las pensiones. De este modo, cada átomo social queda abandonado a la lógica de competencia despiadada que siempre ha sido el mercado mundial.

La imposibilidad de una política soberana

La reacción más común a este paisaje más bien devastador es la nostalgia. Cada vez más voces articulan el deseo de volver a la fase en la que el Estado era el gran actor macroeconómico, capaz de acción y regulación, el único capaz de “meter el dinero en cintura”. Se trata de manifestaciones de nekeynesianismo difuso que reclaman la centralidad de la política, y que en el fondo quisieran volver a la prosperidad de los milagros económicos de posguerra que tuvieron lugar en el marco del fordismo, y que el “sano sentido común” identifica como el “curso normal de las cosas”. Pero, si el capitalismo es una dinámica histórica irreversible, probablemente estas vías no nos lleven demasiado lejos. Eso no significa que la política no pueda jugar un papel importante en luchas redistributivas. Lo que está teniendo lugar es una redistribución de abajo hacia arriba, y por tanto eso deja un cierto margen para una batalla que merece ser luchada – todo lo demás significa abandonar a su suerte a amplios estratos de población. Sin embargo, no hay que perder de vista que esa redistribución hacia arriba responde a exigencias sistémicas a las que la capacidad reguladora de la política no está en condiciones de hacer frente a medio y largo plazo.

La confianza en la capacidad de agencia de la política pervive aún hoy bajo la marca del republicanismo. El republicanismo aspiraba a domesticar al *homo economicus* mediante el *homo politicus*; el ciudadano debía dejar al burgués que funcionara, pero manteniéndole a raya, restringiendo su marco de acción dentro de unos ciertos límites que permitieran preservar el interés común dentro de la nación. Esta lógica funcionó hasta cierto punto durante un tiempo, al menos en una región muy limitada del mundo, y en buena medida a costa del recrudecimiento de la violencia en todo el resto del planeta. Durante este tiempo la política, siempre dentro del marco estatal, fue de hecho el modo de integrar la lógica capitalista en el tejido social. Pero el hecho de que la lógica de valorización se sirviera de medios políticos para imponerse y subsumir una serie de esferas sociales en una determinada fase histórica no debería confundirse con una primacía de lo político – o incluso con una autonomía de lo político.²⁷ La política fue tolerada porque resultó funcional durante un tiempo, pero una vez que deja de serlo queda más bien reducida a ese “grado cero de la política” que se limita a “gestionar” y acatar los imperativos de esas entidades cuasi-autonomizadas que son los “mercados”.

Lo que dificulta hoy la capacidad de agencia de la política es en primer lugar la pérdida de centralidad de los estados. Solo dentro del marco estatal podía tener sentido el precario equilibrio entre *homo politicus* y *homo economicus*, entre ciudadano y burgués, entre igualdad formal y desigualdad real, que hace posible el capitalismo como relación social. Una vez que la esfera nacional queda socavada, es difícil que la lógica particularista del *homo economicus* pueda encontrarse con el contrapeso de un sujeto abstracto de derechos a nivel supranacional. La universalidad abstracta del ciudadano, que intenta aplacar al burgués, está ligada al particularismo de la nación: uno es ciudadano de una nación porque no lo era de las otras. Extender esto a nivel supranacional parece conceptualmente imposible. En palabras de Kurz:

²⁷ R. Kurz, “Antiökonomie und Antipolitik. Zur Reformulierung der sozialen Emanzipation nach dem Ende des ‘Marxismus’“, *Krisis*, n° 19, 1997, pp. 51-105.

[...] lo que constituye al ciudadano, su carácter nacional, no puede surtir efecto a escala mundial. En el nivel particular de la nación pueden existir ciudadanos nacionales y burgueses nacionales, pero en el nivel universal del mercado mundial sólo puede haber burgueses mundiales: el puro *homo economicus* que ya no está inserto en ningún contexto social.²⁸

Las propias instituciones supra-nacionales que de hecho actúan en el capitalismo globalizado (OMC, OCDE, FMI, Banco Mundial) no pueden ejercer las funciones reguladoras de un actor macroeconómico: más bien se limitan a imponer las exigencias del mercado mundial. Por otra parte habría un amalgama de instituciones supranacionales (como la OIT, ONU, ONGs, movimientos sociales con vocación supranacional) que quisieran imponer a escala global algo parecido a la política; sin embargo sus intentos parecen condenados a la impotencia, porque carecen de la capacidad de intervención de un gobierno efectivo a nivel global. Frente a los objetivos humanitaristas que se proclaman en este sentido, lo que vemos es que “la verdadera continuación de la política por otros medios [a escala global] son las guerras civiles mundiales y las relaciones de saqueo y expolio”.²⁹

En definitiva, la imposibilidad de dar lugar a una coherencia entre ciudadano y burgués a nivel global hace que el capitalismo como relación social se convierta en algo cada vez más imposible. La fuerza destructiva que irrumpía una y otra vez en la historia del capitalismo, y que por algún momento pudo contenerse en algunas regiones del mundo –si bien nunca de forma suficiente– se manifiesta ahora a nivel ubicuo y sin nada que la contenga. El resultado sería que el *homo economicus* planetario puede actuar sin restricciones, y lo hace devastando el mundo.³⁰ Y es que, como ha señalado Anselm Jappe, el capitalismo no tiene ningún problema en ser la última palabra de la humanidad.³¹ Esto nos exige replantear las cosas,

²⁸ R. Kurz, *Das Weltkapital*, op. cit., p. 384.

²⁹ *Ibid.*, p. 409.

³⁰ *Ibid.*, p. 385.

³¹ Cfr. A. Jappe, *Crédito a muerte. La descomposición del capitalismo y sus críticos*, Logroño, Pepitas de calabaza (trad. de Diego Luis Sanromán), 2011.

también a nivel analítico. El eje de la modernización y del desarrollo ya no pueden ser el eje que guíe la crítica al capitalismo como formación social; porque es la lógica de la modernización la que lleva a un proceso global de descivilización con consecuencias potencialmente devastadoras.

Fin de la idea de desarrollo y erosión de la periferia

La lógica que presidió el despliegue histórico de la dinámica capitalista fue la lógica de la modernización, vinculada a la promesa del “desarrollo”. Sin duda el capitalismo sigue enarbolando con orgullo esta bandera, pero sus procesos reales de externalización y transnacionalización indican unas tendencias evolutivas que desmienten las promesas implícitas de estas consignas. Éstas se dirigían sobre todo a los países periféricos, también llamados “en vía de desarrollo”, intentando persuadirles de que su integración en el mercado mundial les permitiría “alcanzar poco a poco un nivel de productividad y una capacidad de consumo similar a los de los países desarrollados”.³² En este sentido, la asunción es que los procesos de externalización y *outsourcing* representan un nuevo modelo de desarrollo, que vendría a ser una especie de “industrialización exportada”. Si bien ésta no vendría del propio desarrollo inmanente de la economía nacional, sino de inversiones externas, al menos acabaría con la degradación de los países periféricos como meros suministradores de materias primas y les permitiría convertirse –al menos nominalmente– en exportadores de mercancías y servicios. Sin embargo, el resultado de este modelo no es una división de funciones entre distintas economías nacionales (integrando a economías nacionales como las de China, la India o Brasil), “sino una división de funciones dentro de empresas transnacionales cuyo funcionamiento productivo se dispersa siguiendo criterios de reducción de costes”.³³ De ahí que esta “industrialización exportada” no sea el germen de desarrollo para las economías periféricas, sino una mera consecuencia de la crisis del primer

³² R. Kurz, *Das Weltkapital*, op. cit., p. 126.

³³ *Ibid.*, p. 127.

mundo que lleva a desplazar determinadas funciones productivas a países con mano de obra barata.

Por tanto, resulta problemático considerar que modelos de desarrollo como los que están teniendo lugar en China o en la India estén dando lugar a “nuevas potencias mundiales”. Las cifras aparentemente sorprendentes de crecimiento del PIB (p. e. en torno al 10%) no pueden compararse en el vacío con las de países de Europa occidental. Porque dichos números remiten a situaciones de partida muy diferentes, que no se pueden equiparar: lo que ocurre es que los desniveles en la modernización permiten que determinadas regiones periféricas puedan tener desarrollos fulgurantes que luego tienden a estancarse. Pero los procesos que atraviesan estas supuestas “potencias emergentes” no pueden confundirse con un desarrollo económico autónomo, sustentado en los fundamentos de su economía nacional. Más bien se trata de un desarrollo altamente especializado y muy localizado geográficamente. La supuesta “industrialización exportada” está muy lejos de llegar a afectar a la economía nacional en su conjunto: porque se limita a zonas aisladas, a enclaves puntuales especializados en procesos de producción y exportación de bienes y servicios muy específicos. Se trata, en definitiva, de una actividad económica meramente insular, que no se enmarca en la coherencia de una economía nacional, sino que se limita a llevar a cabo determinadas funciones dentro de los flujos transnacionales de generación de beneficios. El único objetivo de éstos es explotar el lugar que ofrece un coste más bajo para realizar una determinada actividad económica.³⁴ En definitiva, no hay un desarrollo real, sino que la economía transnacional se limita a conquistar pequeñas islas de producción a bajo coste que concentran muchísima actividad económica, y a menudo cuentan con alta tecnología, pero al precio de esquilmar los recursos de las economías en las que se insertan. No en vano

³⁴ Aunque en 2005 China tuviera 30 millones de trabajadores en Zonas de Libre Comercio –la mayoría mujeres: puede imaginarse el coste para la reproducción social–, esta cifra no debe considerarse en el vacío, sino en el total de una población de 1300 millones de habitantes: el modelo de desarrollo sigue funcionando a un nivel meramente insular: no puede aspirar a integrar a la mayoría de la población. Cf. R. Kurz, *Das Weltkapital*, op. cit.

se trata de actividades económicas centradas en la exportación a terceros países, y que por tanto dependen de la capacidad de consumo de terceros países para poder seguir funcionando.³⁵

Esto es tanto más grave por cuanto lo que se externaliza no es sólo la producción, sino también los servicios (por ejemplo la gestión de personal, de cobros o de contabilidad, así como la elaboración de datos, el diseño, creación de software o los centros de atención telefónica). Por ejemplo, así como algunos países latinoamericanos concentran hoy los *call centers* de habla hispana, India ha asumido los del mundo anglosajón: sus empleados cobran diez veces menos que un empleado equivalente en USA, y pese a todo están entre los empleados mejor pagados en su país. Otro ejemplo llamativo que señala Kurz sería el de las cámaras de seguridad de algunos parkings en Estados Unidos, que están vigiladas por empleados que las controlan desde Cabo Verde, en África.³⁶ Estos casos dan una idea del grado de integración planetaria del sistema económico – integración que no está regida por el libre flujo de mercancías y sus servicios, sino por la presión a abaratar los costes en una lógica despiadada de competencia.

Esto significa que la actividad económica global ya no se inserta en el marco de las economías nacionales sino que se ve sometida sin filtros y de modo cada vez más directo a los imperativos del mercado mundial, donde sólo rige la lógica ciega del *homo economicus*. La consecuencia es que la lógica del *outsourcing* daña de forma irreversible los mercados interiores. Esto ocurre tanto en los centros como en las periferias, pero los procesos de descomposición social son mucho más rápidos en los países periféricos.³⁷ Éstos ven cómo el mercado mundial parasita sus recursos a

³⁵ La enorme presión a la que tuvieron que hacer frente en 2008, cuando Estados Unidos deja durante algún tiempo de poder absorber el excedente productivo de estos países mediante su endeudamiento público y privado, es una buena prueba en este sentido. R. Kurz, *Der Tod des Kapitalismus. Marxsche Theorie, Krise und Überwindung des Kapitalismus*, Hamburgo, Laika Verlag, 2013.

³⁶ Cfr. R. Kurz, *Das Weltkapital*, op. cit., pp. 131 s.

³⁷ Para un análisis del proceso de descomposición de las periferias en la línea abierta por Robert Kurz y el grupo EXIT, cfr. G. Breszent, Gerd, *Zusammenbruch der Peripherie*, Berlín, Horlemann, 2014.

la vez que declara “no-rentables” sus estructuras agrarias o industriales previas, que caen bajo las ruedas de molino de los nuevos flujos transnacionales, con costes sociales enormes – puesto que la cifra de seres humanos arrojados a la ruina es muy superior a la de los que se pueden emplear en los nuevos nichos económicos.

En definitiva, la imposición de los procesos de transnacionalización daña tanto al centro como a la periferia. Porque la destrucción del empleo en los centros del capitalismo no lleva a la constitución de un nuevo tejido laboral en las periferias en que se concentra el *outsourcing*, sino que converge con la destrucción de la economía interna de estos países. Cuando las tareas de vigilancia de los países del centro (por ejemplo el control de las cámaras de seguridad de los parkings) se traslada a países periféricos con costes inferiores, en los centros supone una destrucción irreversible del empleo, que además permite un incremento de la presión salarial y una degradación de las condiciones laborales en nombre de la competitividad; por su parte, en la periferia, por cada trabajo de vigilancia a distancia se destruyen otros muchos empleos, empresas y parkings enteros quiebran, y la capacidad de comprar automóviles y la posibilidad de aparcar en lugares vigilados disminuye brutalmente.³⁸ En ambos casos el efecto es negativo, aunque sin duda en la periferia tiene consecuencias mucho más devastadoras. De ahí la conclusión de Kurz: “El momento en el que culmina el proceso de universalización del capitalismo es el momento de la universalidad consumada de la catástrofe”.³⁹

Las nuevas relaciones centro-periferia y el apartheid global

En el análisis de Kurz, la degradación de las regiones periféricas se presenta casi como un augurio de lo que la descomposición de la coherencia nacional supondrá para las regiones del centro:

³⁸ R. Kurz, *Das Weltkapital*, op. cit., pp. 134 s.

³⁹ *Ibid.*, p. 320.

Incapacidad de reproducción social para grandes segmentos de la población, producción para el mercado mundial de forma insular y aislada por una parte, y economía de saqueo o recaída en una producción de subsistencia por otra, descomposición de las infraestructuras, disolución del monopolio estatal de la violencia y de la forma del derecho burguesa, descivilización generalizada.⁴⁰

Y es que lo que está en juego en los procesos de transnacionalización es, en el fondo, una desintegración del capitalismo como relación social que da lugar a unas nuevas relaciones entre centro y periferia. La distinción unívoca entre los países “desarrollados” y “subdesarrollados” se está desdibujando en este proceso. Lo que ha ocurrido en ciudades como Detroit o Baltimore al hilo de los procesos de desindustrialización da buena cuenta de la proliferación de fenómenos que parecían prototípicos del subdesarrollo en entornos sociales con un alto grado de sofisticación en la satisfacción de necesidades. Se trata de procesos de descivilización que se siguen de la lógica de modernización misma, y que parecen devolver a los centros las mismas estructuras que la modernización ha llevado a las periferias en forma de favelas y *slums*. La contraparte sería la proliferación de estratégicas islas de altísima productividad *high tech*, como ocurre en la India, o enclaves de lujo desenfrenado, por ejemplo en Dubai, que en ningún caso pueden confundirse con un desarrollo de la economía nacional en su conjunto.⁴¹

En definitiva: en los países que se consideraban subdesarrollados hay islas de desarrollo puntero e incluso enclaves de lujo —si bien concentradas en unos pocos países—, mientras que en los países desarrollados ganan terreno sectores de subdesarrollo y descivilización. Esto sería la globalización: la expansión ubicua de un capitalismo cada vez más minoritario, que va encogiéndose a la vez que crece su capacidad productiva. El horizonte de esta globalización se revela por tanto como la antítesis de un proceso expansivo de desarrollo y modernización: concentra sus capacidades

⁴⁰ *Ibíd.*, p. 128.

⁴¹ Para una visión del caso de Dubai y los Emiratos Árabes, cfr. W. Siti, *Il canto del diavolo*, Milán, Rizzoli, 2009.

productivas en pequeños enclaves sin apenas relación con su entorno, dejando a sus lados paisajes degradados de pobreza extrema y descomposición social. La capacidad para la reproducción social es cada vez más minoritaria: se condensa en determinadas regiones o en pequeñas islas de prosperidad para grupos sociales muy restringidos. La distancia entre los hundidos y los salvados se revela cada vez más insalvable. Sin embargo, esto no responde a una voluntad política de las elites del neoliberalismo: no se trata de una conspiración del 1% contra el 99%, sino de un proceso ciego e inconsciente que sigue una lógica sistémica – la lógica del dominio sin sujeto, que se vuelve asfixiante a nivel global una vez que se topa con los límites internos de la valorización del capital (algo que se verá agravado por los límites socio-ecológicos del planeta).⁴²

A medida que el capitalismo global va perdiendo capacidad de inclusión, concentrándose en pequeños nichos de bienestar que devastan cuanto los rodea, nos confronta con procesos de involución social en toda regla. Las formas tradicionales de reproducción de la existencia, las redes de apoyo y solidaridad, se han visto minadas por la mercantilización de todas las relaciones. Lo que se impone es una lógica de particularismo absoluto, y el peso de la producción y la reproducción se impone cada vez más sobre las mujeres.⁴³ Pero la mayor dificultad estriba en las dificultades para integrar en el sistema de producción y consumo a segmentos crecientes de población: eso nos coloca ante dificultades hasta ahora inimaginables.

⁴² El intento de conciliar las posiciones de la crítica del valor con la problemática ecológica ha ido ganando terreno en los últimos años (cfr. por ejemplo C. P. Ortlieb, “Gegen die Wand. . *Ökonomisch wie ökologisch stößt die Wachstumsgesellschaft an unverrückbare Grenzen*”, *Konkret*, 11/2013). Para una perspectiva crítica, cfr. E. Santiago Muñio y J. Maiso, “¿Qué puede venir más allá del fetichismo de la mercancía? Transiciones poscapitalistas a partir de la crítica del valor” en A. Matarán, J. Riechmann y O. Carpintero (coords.), *Los inciertos pasos desde aquí hasta allá: alternativas socioecológicas y transiciones poscapitalistas*, Universidad de Granada/CICO-DE, Granada, 2014, pp. 169-199.

⁴³ Cfr. R. Scholz, “El patriarcado productor de mercancías: tesis sobre capitalismo y relaciones de género”, *op. cit.*

El nivel de productividad cada vez permite absorber menos fuerza de trabajo y por lo tanto elimina también su acceso al consumo; la consecuencia es que cada vez más población “esté de sobra” para la lógica del capitalismo – y no dispone de ningún otro modo de reproducir su vida. Se trata de una población trabajadora sin fábricas, talleres, ni ningún acceso al empleo, intentando juntar trabajos ocasionales para sobrevivir. Lo que el capitalismo contemporáneo genera son cada vez más sujetos monetarios sin acceso al dinero, a los que se estigmatiza como una “carga excesiva”. En primer lugar para las coberturas estatales, lo que se manifiesta

[...] en la retirada de cada vez más funciones reproductivas, en el desmantelamiento de todas las infraestructuras que ya no se pueden vincular a una acumulación real de capital transnacional, cuya posibilidad disminuye sin cesar, y en la continua destrucción de las instituciones del estado social.⁴⁴

Pero también son una carga excesiva para la economía misma, porque cada vez más segmentos de población no se pueden incluir en los planes de futuros desarrollos económicos y sociales.

El capitalismo se vuelve una cuestión de minorías – y los que quedan fuera son considerados desechos, y cada vez pueden ampararse menos en la cobertura que ofrecían las figuras abstractas del ciudadano y el sujeto de derechos. El prototipo de esta población “sobrante” estaría en las favelas, los slums y las conurbaciones de miseria de las grandes megalópolis – pero se trata de un proceso que va de la periferia al centro. Buena muestra de ello serían los inmigrantes declarados “ilegales”, que abandonaban países periféricos en busca de ingresos regulares en los centros, y eran tolerados de buen grado mientras la economía sumergida de la burbuja inmobiliaria podía hacer buen uso de ellos. Se trata de una fuerza productiva super explotable, sin cobertura ni garantía alguna – estos encarnan un nuevo modelo de trabajador, sin derechos ni garantías, al que muchos reaccionan con odio porque les permite vislumbrar el futuro que los espe-

⁴⁴ R. Kurz, *Das Weltkapital*, op. cit., p. 456.

ra.⁴⁵ En los propios centros del capitalismo, incluso dentro de la Unión Europea,

[...] cada vez más regiones se abandonan a su suerte, se las da por perdidas y son pasto de un proceso de descivilización. Sus habitantes pasan a ser habitantes de segunda y tercera clase. Y una reproducción autárquica en los espacios desenganchados sigue siendo imposible.⁴⁶

Conforme el capitalismo como relación social y su capacidad de inclusión se desintegra, el Estado se reduce tendencialmente a la función del Leviatán: se vuelve un medio brutal de mantener el orden cuando la reproducción social ya no funciona. En este sentido Kurz señala que parecería que la fase de constitución del capitalismo se repitiera. Al principio del capitalismo estaba la sumisión inmediata, sin filtros ni paliativos, del material humano a la valorización del capital. Hoy podemos decir:

El núcleo violento de todo el derecho burgués, incluidos los derechos humanos, pasa de nuevo a primer plano. Sin embargo hay una diferencia decisiva. El capitalismo temprano, con un nivel relativamente bajo de productividad, tenía aún ante sí el proceso de acumulación e imposición del capital. En cambio, el capitalismo de crisis de la tercera revolución industrial, con un nivel de productividad monstruosamente alto, que ya no puede ser integrado en la forma social, ya ha dejado este proceso detrás de sí.⁴⁷

En consecuencia, la situación actual obliga, por una parte, a un ejercicio de elaboración de las batallas perdidas en el pasado, aprendiendo de los pasados errores y, por otra, a analizar cómo es posible una superación de la lógica del sujeto automático, cuya dinámica interna parece abocarnos a un proceso de destrucción sin precedentes del nivel de civilización

⁴⁵ Cfr. J. A. Zamora, “Centros de internamiento de extranjeros: la quiebra del Estado de Derecho”, en D. Rodríguez-Arias, J. Maiso y C. Heeney (eds.), *Justicia, ¿para todos?*, Madrid, Plaza y Valdés, 2016, pp. 221-234.

⁴⁶ R. Kurz, *Das Weltkapital*, op. cit., p. 142.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 457.

alcanzado. Después de esta crisis no vendrá ninguna otra primavera de acumulación, y lo más probable parece una contracción del modelo de socialización capitalista que sin embargo no dejará alternativas de supervivencia para un número cada vez mayor de excluidos.

¿Cómo articular una conciencia crítica, una forma de praxis teórica a la altura de estas circunstancias? Se trata de una cuestión ante la que no podemos mirar hacia otra parte o capitular. Las estrategias políticas a corto plazo, incluso de conquista de las instituciones, no llevarán a ninguna parte si no se enfrentan con los problemas estructurales que sirven de coyuntura a su ascenso. El optimismo de la voluntad no es suficiente – y el pesimismo de la inteligencia por sí solo tampoco resuelve nada. Este es el escenario. El tiempo apremia.